

ALEJANDRO
FABBRINI
HISTORIAS
NEGRAS
DEL FÚTBOL
ARGENTINO

Hinchas que pretenden ahorcar a un árbitro, dirigentes que practican el soborno a repetición, maniobras para evitar descensos, sobre todo cuando afectan a equipos de los llamados grandes, silencios cómplices, negociados con el poder de turno que implican privilegios, referís que se defienden de la furia de futbolistas y público a punta de pistola, jugadores que se rebelan contra la autoridad arbitral y se sientan en el campo mientras sus adversarios los golean. Todos estos desmanes forman parte de la historia del profesionalismo en el fútbol argentino. Episodios recuperados a partir de una intensa investigación y narrados con una prosa eficaz por **Alejandro Fabbri**, construye un abrumador y por momentos divertido panorama del costado oscuro de nuestro deporte más popular.

Como sostiene Víctor Hugo Morales en el prólogo a este trabajo imprescindible: «Esclarecedor, documentado, de prosa hábilmente despojada para que sean los hechos los protagonistas, este libro nos acerca una vez más a la capacidad de su autor para internarse en la historia con el rigor ineludible de quien, paradójicamente, lo hace desde el amor por el fútbol.»

*A mi madre, a mi mujer, a mis hijos.
A los mejores recuerdos: el empedrado de la calle
Senillosa, el Parque Rivadavia, el Colegio Marianista,
la vieja cancha de Platense y el bar La Fama.
Al fútbol, por y para siempre. Aunque muchas veces
haya que tragar saliva.*

EL LENGUAJE DE LOS HECHOS POR VÍCTOR HUGO MORALES

Cuando leía los primeros capítulos del libro de Alejandro me encontraba en España y pude asistir a una representación de *Los persas*, la tragedia griega escrita hace veinticinco siglos por Esquilo. La coincidencia entre las dos experiencias hizo que este prólogo naciera espontáneamente. Lo fui escribiendo con una melancólica sonrisa en un bar de Madrid, mientras contemplaba la elegante Gran Vía y pensaba que mucho antes de que siquiera alguien pensara en su trazado, ya los hombres éramos tan vulnerables como nos vemos hoy. Desencadenamos guerras absurdas a semejanza de la que narra el gran trágico griego cuando se fundaban las bases de nuestra civilización o compramos jugadores del rival para ganar un partido de fútbol, práctica que tiene menos de un siglo.

Quienes conducen los países jamás apelan al sentido común, aun sabiendo que ése es el camino para evitarles desgracias a sus pueblos, y los que dirigen el fútbol hoy siguen empantanados en los mismos vicios que practicaban aquellos que desde la aurora misma del profesionalismo enrarecieron el aire del deporte.

Desde Jerjes, quien regresa ante los suyos veinticinco siglos atrás con las manos manchadas con la sangre de sus propios soldados tras caer derrotado ante los griegos, hasta Bush invadiendo Irak, los proyectos imperialistas son una actitud recurrente entre los líderes del mundo.

Desde los años treinta del siglo XX hasta el presente, este documento excepcional de Alejandro comprueba sin dejar lugar a dudas que los dirigentes del fútbol no suelen vacilar a la hora de elegir entre la corrupción y la honestidad. La nostalgia que sentimos por aquel pasado que nos llega en ráfagas de nobles leyendas, una epopeya de héroes y pasiones que no estaban contaminados de aquello que hoy empuja al desencanto, es nada más que una ilusión.

En algunos tramos del austero y demoledor relato de los hechos que inauguraron la ceremonia de la unión del más popular de todos los deportes, el lector será invadido por el asombro, y una ligera sonrisa acompañará el trayecto en muchas de las páginas.

Advertir que las artimañas están vigentes desde el mismo momento en el que la pelota rodó por primera vez, que había quienes se vendían y adulteraban los torneos, registrar las pobres excusas de los dirigentes, la forma en que fingían indignarse y la protección a la impunidad ejercida por autoridades que debían estar por encima de los intereses de los que delinquían en el fútbol, matiza un tanto los juicios con que evaluamos a quienes lo conducen en estos tiempos.

Puede decirse a favor de esta época a la que tanto vapuleamos que ya no hay vestigios del soborno. Persiste sin embargo el incentivo que, aun aceptado por jugadores, técnicos e hinchas, y soportado por la dirigencia, es un pariente no demasiado lejano de aquella práctica.

Pero el soborno, esa abyección, no es mencionado ni por los más amarillos de los periodistas de este tiempo. Ni siquiera los perpetuos radares de la malicia logran captar rumores o indicios de que el soborno se siga practicando. Aun cuando sea muy reprochable que algunos equipos vayan para atrás con la anuencia —e incluso el estímulo— de la propia parcialidad si un resultado ha de beneficiar al rival de toda la vida. Hecho despreciable, sin dudas, pero que no implica la antigua deslealtad de algunos jugadores con

el mandato de su gente y el esfuerzo de sus compañeros y colegas.

Cuando el descendiente de Ciro, Cambises y Darío entró vencido a su ciudad, tras la paliza de Salamina, se dió una gran oportunidad para que el hombre huyera de la imbecilidad. Sin embargo, su capacidad de autodestrucción y su ambición no conocieron límites a lo largo de la historia. Incluso después de aquella tremenda lección, que no era por cierto la primera: al inventar el fuego ya se crearon argumentos con los cuales intentar justificar ese desgraciado impulso hacia la destrucción.

Cuando en el primer torneo de la era profesional, lejos del lirismo que se les adjudica a los tiempos fundacionales de nuestro fútbol, redescubrimos el germen de una indecencia que se nos aparecía en episodios aislados —hasta la relación de hechos que establece este libro que termina por demostrar la continuidad histórica de los mismos males—, se nos cae la venda ante lo que soñamos romántico y noble.

Si pensamos que el período recorrido por Alejandro sólo refiere al iniciado alrededor de 1931, y que ese profesionalismo había surgido de la corrupción del amateurismo marrón que también se consigna, el desconuelo trepa algunos años más en la historia. Posiblemente hasta el mismo principio.

Esclarecedor, documentado, de prosa hábilmente despojada para que sean los hechos los protagonistas, este libro manifiesta una vez más la capacidad de su autor para internarse en la historia con el rigor ineludible de quien, paradójicamente, lo hace desde el más intenso amor por el fútbol.

INTRODUCCIÓN

LOS VALIENTES Y LOS SILENCIOSOS

Una vez escrito el libro, revisadas y corregidas las historias que vienen desde muy lejos en el tiempo y llegan hasta los años setenta, las preguntas imposibles de evitar son: ¿cómo se hace para seguir creyendo en el fútbol?, ¿cómo se puede ir nuevamente a la cancha sin desconfiar de jugadores, de árbitros, de la trama que llevó a un determinado resultado final?, ¿somos tontos, ingenuos, fanáticos, idiotas útiles?

Es que leer y comprobar tanta inmoralidad, tantos hechos de corrupción que han salpicado desde los años veinte al deporte que amamos entrañablemente, nos puso frente a un dilema del que necesariamente hay que salir, porque también hay razones poderosas para seguir confiando en lo que sucede dentro de una cancha. El fútbol tiene manchas que no se limpian, lunares espantosos que lo recorren desde el mismo momento en que nació, pero también es sinónimo de fiesta, de alegría, de dejar de lado sospechas para seguir al club que nos cautivó de niños, de ilusionarse con la magia de los cracks, con el triunfo inesperado y agónico ante el rival más difícil.

Es una enorme estupidez sostener como afirma más de uno que el fútbol y la política no tienen nada en común. Hay demasiados ejemplos de lo opuesto, que esta investigación intentará demostrar. Árbitros que debieron sacar un cuchillo o un revólver en pleno partido, hinchas que quisie-

ron ahorcar a un juez con un cinto de un árbol porque anuló mal un tanto, jugadores que decidieron sentarse en el campo como protesta mientras recibían goles en su arco, dirigentes que sancionaban duramente a los clubes más humildes y hacían la vista gorda con los poderosos, todo forma parte de una combinación difícil de admitir pero real y cuyas pruebas no admiten discusión.

Fue un alivio enorme escuchar personalmente de boca de un procer del fútbol de la década del treinta como Francisco Varado, con sus 97 años, que le daba vergüenza ver «*¡cómo ayudaban a Boca —el club donde convirtió 180 goles— y a River! A mí me daba lástima por los muchachos de los otros equipos*». Con palabras así, con la sinceridad de Varallo, que no admite ninguna réplica posible, se ratifican una vez más evidencias y sospechas.

Al investigar entre diarios viejos, revistas de época, apuntes y fascículos guardados por años, la historia del fútbol argentino nos enseña que si se trata de corrupción, de inmoralidad y de actuaciones para la sospecha, nadie está habilitado para tirar la primera piedra, ningún club queda impune luego de las equívocas situaciones que se han sucedido a lo largo de casi un siglo. A la hora de decidir castigos, el poder se ha ensañado con los clubes más pequeños, con aquellos que recorrieron las categorías de ascenso. Pero sus afanes de justicia disminuían cuando se trataba de poner en vereda a los más importantes, quizá justamente porque tienen la mayor cantidad de hinchas y entre ellos siempre hay gente con altos cargos en cualquiera de los estamentos del poder.

Hay algo que parece una pavada o que suena demasiado simple, pero que nunca deja de ser algo a tener muy en cuenta. En Argentina, desde 1920 a esta parte, la enorme mayoría de quienes amamos el fútbol somos hinchas de algún equipo, e incluso es probable que simpaticemos también con otro por cuestiones familiares, barriales o de amistades.

Ésa es la clave para entender el motivo de algunos fallos y por qué no hubo sanciones a determinados equipos que incurrieron en las mismas faltas de los que sí fueron castigados. Todo conduce a la trama entre vínculos políticos, contactos y simpatías deportivas. A esa trama recurrieron los que necesitaban la indulgencia de la ley, la no aplicación de sanciones o, por el contrario, una guillotina que amputara todo lo que se pudiera a otro club que no era el propio.

Cuando se habla de «la nuestra» tratando de darle un nombre a una forma de sentir y jugar el fútbol argentino, el modelo se construye nítidamente a partir del estilo de los años cuarenta y su adaptación más dinámica a los tiempos modernos. Lamentablemente, también el engaño y la picardía mal entendida forman parte de «la nuestra»: basta releer lo que pensaban los árbitros ingleses hace sesenta años sobre la simulación y la exageración a las que apelaban los futbolistas del torneo local para impresionarlos y engañarlos. Las reacciones desaforadas de los jugadores en los primeros años del profesionalismo cuando un árbitro sancionaba algo en contra de sus intereses y la violencia y la justicia por mano propia que se trasladaron rápidamente a las tribunas son actitudes que nos han acompañado desde siempre.

Sólo los propios actores del fútbol están en condiciones de quebrar la hipocresía, esa complicidad que envuelve a los protagonistas y que aun después de muchos años les impide contar la verdad acerca de algunas situaciones. Ese gusto por el misterio, por guardarse más de lo que se dice, hace que los personajes de antaño se encierren en sí mismos. Se necesitan muchos Varallos para contar la parte de la historia que no conocemos.

A aquellos que odian el fútbol, esos intelectuales que lo desprecian por su carácter popular y democrático, por la pasión que genera y que ellos son incapaces de sentir, vale la pena advertirles algo: no todo estuvo ni está podrido, no

todos los campeones, ni siquiera la mayoría de ellos, lo fueron como consecuencia de manejos ilegales. Casi siempre ganaron los mejores, casi siempre los más poderosos derrotaron a los más humildes, hay casi cien años para comprobarlo. Pero la pregunta nace sola: ¿hacía falta tanta «ayudita»? ¿Hacía falta sumar dinero y apoyos políticos para «garantizar» determinados resultados? Puede que sí, puede que no. Las respuestas las tienen los que no hablan, los que no cuentan. Los que siguen en el silencio.

Resta escribir la historia más reciente, los últimos treinta años exitosos del fútbol argentino con dos campeonatos mundiales y una nutrida cosecha en torneos juveniles de todo tipo. La aparición del control antidoping para quedarse, la incentivación como moneda corriente, la farandulización de futbolistas y entrenadores en la medida que crecía la importancia de la televisión. La década del 90 con su aplanadora económica que dejó en pie a pocos clubes y liquidó muchas ilusiones de progreso y crecimiento.

Son demasiadas cosas, investigaciones que merecen otro espacio, otro marco para darles cabida a los protagonistas. Parientes jóvenes de aquellos que se lucieron antes, en un fútbol distinto pero al mismo tiempo, parecido.

CAPÍTULO UNO

HISTORIAS OFICIALES Y NO TANTO

El 31 de mayo de 1931 es la fecha en que el fútbol argentino ingresa en la etapa del profesionalismo. Se dio ese paso luego de una década de sostenido crecimiento, con una asistencia cada vez mayor de público a los estadios y el florecimiento de muchos clubes que competían por el favor popular. Sumado a esto, por todos lados surgían jugadores dispuestos a demostrar sus capacidades con la camiseta que fuera.

Tras varias divisiones, las instituciones que regían al fútbol argentino se terminaron fusionando en 1927 en la Asociación Amateur Argentina de Football, organizando cuatro campeonatos extenuantes, al punto de que el certamen de 1930 se hizo con 36 equipos de primera división, donde convivieron los más populares y clubes muy modestos como Argentino del Sud, Honor y Patria, Argentino de Banfield, Excursionistas o El Porvenir.

El último campeonato amateur jugado entre todos los clubes finalizó el 12 de abril de 1931, producto de su larguísimo desarrollo, ya que se midieron los 36 equipos entre sí, a una sola rueda, y con varias interrupciones, entre ellas, el primer Mundial jugado en 1930 en Montevideo. Apenas 48 días después, se lanzó el profesionalismo y se produjo una nueva división, cuando varias entidades se negaron a pagarles un sueldo a sus futbolistas. En esa tesitura se enrolaron clubes importantes como River e Independiente

hasta que finalmente, rendidos ante las evidencias, optaron por plegarse al profesionalismo.

Allí comenzó lo que parece ser «la historia oficial» del fútbol argentino, aunque la enorme mayoría de los clubes hubiera jugado durante quince o veinte años en el amateurismo. En realidad, el fútbol en Argentina comenzó a organizarse en 1891 con sus incipientes torneos de clubes ingleses. En aquella época y durante varias temporadas las cosas se hicieron con cierto orden, con apego a las normas y a la mínima legislación vigente. En pleno apogeo de Alumni, supercampeón en la primera década del siglo XX, se iniciaron los ascensos y descensos. En 1907, por ejemplo, le tocó irse a Barracas Athletic Club, que se despidió del fútbol importante al quedar desafiliado por no presentarse a jugar por tres partidos consecutivos.

Pero las presiones y los problemas extradeportivos de entonces no eran nada comparados con lo que habría de ocurrir más adelante. Todavía los adeptos al fútbol no eran tantos. Sin embargo, ya existían los picaros (que nunca fueron exclusividad de una época). Los de aquellos años, con sus peculiaridades, fueron brillantemente retratados en más de un tango. Cuenta Jorge Iwanczuk en su monumental *Historia del fútbol amateur en la Argentina* que Estudiantes de Buenos Aires derrotaba a San Martín por 2-1, el 1° de julio de 1907, «cuando el partido ya concluía en una tarde desapacible, nublada y lluviosa que hacía imposible poder seguir las acciones del juego. De pronto, cuando la pelota merodeaba por la valla estudiantil, se divisó a los hombres del visitante salir corriendo alborozados festejando el empate. Atrás de ellos corría también Albarracín, arquero de Estudiantes, pero dirigiéndose al encuentro del árbitro y alegando la invalidez de la conquista. El Sr. Ruggeroni convalidó el gol pero aclaró que no podía dar fe del mismo debido a las deplorables condiciones climáticas. La AAFL condujo entonces una investigación. Citó a los testigos del hecho y arribó a la conclusión de que en realidad el autor del

tanto había aprovechado las circunstancias, anticipándose a la acción del arquero que estaba a punto de realizar un saque de arco. Se procedió a anular el gol y a dar por vencedor a Estudiantes».

La primera irregularidad a nivel dirigencial se produjo en 1911, cuando le tocaba descender a Quilmes. El Consejo Directivo de la Argentine Association Football entendió que los antecedentes de los futuros cerveceros ameritaban que el club se mantuviera en primera división. Quilmes sumó 8 puntos y Alumni se despidió del fútbol argentino ganándole el desempate del campeonato a Porteño por 2-1. Fue el cuadro quilmeño quien recibió a los experimentados jugadores de Alumni y pasó de último a campeón, al apoderarse del torneo de 1912 postergando a San Isidro, que no es otro que el más conocido CASI, decano del rugby nacional. Fue justamente en 1912 cuando se produjo la primera división en el fútbol argentino, entre la Asociación Argentina y la Federación Argentina. Momento ideal para la irrupción de equipos de orígenes diversos pero con clara preponderancia de jugadores nacionales, como Atlanta, Boca Juniors, Independiente, Kimberley, Platense, Banfield, Ferro Carril Oeste, Olivos, Riachuelo y varios más. Los futbolistas ingleses eran cada vez menos.

La gente se sumaba en masa al fútbol, había jugadores por todos lados y los barrios iban afirmando sus amores y fidelidades. Y los corazones exaltados ya comenzaban a generar problemas. Vale la pena tomar algunos casos para ejemplificar cómo el fútbol sacudía la existencia de muchos varones en aquellos años donde todavía no existía el voto secreto y obligatorio.

MALOS VECINOS

El periodista Mariano Torre contó en el Diario Norte del 28 de junio de 1946 lo ocurrido tan temprano como el 4 de ju-

lio de 1909 durante el enfrentamiento entre Quilmes y Argentino de Quilmes, acérrimos rivales y vecinos. Decía Torre que *«el campeonato sorprendía a Argentino ya Quilmes cerrando la tabla de posiciones en su fecha final, en igualdad de puntos. Debían jugar el partido revancha en la cancha de Guido y Sarmiento, cuyos dos puntos reglamentarios significaban la permanencia o el descenso a segunda. Aquel encuentro memorable no llegó a jugarse totalmente, pues se armó la gresca de mayores proporciones que registra la historia del fútbol local»*.

Sigue contando el artículo que *«el secretario de la extinguida Argentine League Association era el Sr. Williams, más conocido como el gordo Williams, quien al mismo tiempo era miembro de la Comisión Directiva de Quilmes. Esta situación provocó que se creyera que el juez designado, Mr. White, traía instrucciones especiales para dirigir el partido. El primer tiempo fue bastante parejo, notándose que los avances de la delantera de Argentino eran generalmente detenidos por offsides injustos. Ya en el segundo tiempo, un ataque tras otro de Argentino (los criollos' o los mates') eran frenados por el offside. Prácticamente no podían patear al arco». El problema mayor ocurrió cuando «Enrique Paulsen, back de Argentino, rechazó una pelota limpiamente en el preciso momento en que el juez cobró penal para Quilmes. El penal lo ejecutó Morgan y lo atajó García. No le gustó al referee White la jugada e hizo repetir el penal. En ese momento, no se necesitó la voz de orden: como obedeciendo a una consigna, desde la tribuna "mate" se invadió el campo de juego. Bastonazos, trompis, punta-piés»*.

Cierra Mariano Torre con un par de circunstancias increíbles; *«el grueso de la hinchada de Quilmes no pagaba los cincuenta centavos de la entrada porque preferían mirar los partidos desde los carros de los naranjeros "El Naranjito del Par" y "El Chivo" sobre los pinos de la quinta de Anzó, cuando no de palcos improvisados o escaleras. El referee*

White se refugió, después de una disparada vertiginosa, en el vestuario que estaba más allá del ángulo norte —Guido y Pringles— seguido de una hinchada mate que no pudo darle caza. Al jugador quilmeño Jones se le vio cruzar disparado con el cuello manando sangre, de un garrotazo que le asestaron. El comisario Valdez bajó de la tribuna con los brazos en alto, pidiendo orden a los gritos, pero recibió un tremendo bastonazo que le provocó la caída de varios dientes. Varios fueron los futbolistas heridos y como el árbitro no apareció más, se dio el partido por terminado».

Finalmente, los directivos de la League, que eran ingleses en su mayoría y simpatizaban por Quilmes, resolvieron apereibir a los dos clubes y anular los descensos. En suma, no hubo sanciones ni descensos y todos contentos. Un año después casi se repite la historia, pero Quilmes superó por un punto a Argentino y los mates debieron irse a jugar a la segunda categoría.

Cuenta el reconocido periodista Jorge Brisaboa en su libro *De Rosario y de Central* que «en 1910 mientras en el país se celebraba el Centenario de la Revolución de Mayo, volvió a agitarse el fútbol rosarino: denunciaron a Newell's de haber pretendido sobornar al jugador de Central, Lorenzo Hulme. La Liga consideró la situación bastante delicada, citó a Hulme y a un delegado de Newell's. Finalmente, el 1° de junio desvirtuó oficial y públicamente las versiones circulantes pues ningún miembro de la comisión directiva, ni socio ni jugador de Newell's ha intervenido en el caso Hulme».

Al año siguiente y bajo el arbitraje del porteño Jordán, la violencia alcanzó dimensiones impensadas. Brisaboa señala que «había vencido Newell's 2-1, se jugó muy fuerte sobre todo en el segundo tiempo y la violencia se trasladó a la gente. El árbitro fue atacado, muchos jugadores fueron apedreados, un policía lanzó tiros al aire y la pelea entre los hinchas siguió hasta la noche». Por incidentes como éstos el fútbol rosarino se dividió en dos entidades. De un lado